

sidades y trabajos. ¿Habrà cosa alguna más consoladora, cuando estamos en extranjero país, que hallar en éste mismo, quien tenga el más vivo interes por nosotros y se complazca en atendernos? Como podeis figuraros, salimos muy contentos de nuestra visita; y llenos de confianza en la bondad de nuestro amadísimo Señor; volvimos al hotel y pasamos una noche muy tranquila.

CAPITULO II.

Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos—Progresos del Catolicismo.

§ I.

Al entrar en Nueva-York, notamos muchísima gente en las calles y avenidas, que son en lo general, anchas, rectas, y todas adoquinadas. El color de la cantera ó de los ladrillos de los edificios, le dá un aspecto desagradable, porque hay muchísimos de ladrillo, de un rojo subido, y la cantera es oscura, gris, y de otros colores, pero ninguno hermoso. Los edificios son de siete ó nueve pisos, y uno hay á la entrada del Parque central, de catorce: están llenos de pequeñas ventanas con celocias de madera; esas ventanas en gran número, son de una forma irregular, angostas y largas, guardando cierta correspondencia en la colocacion y el número de las mismas, que en vez de hermosear, desagrada. Las

calles principales están limpias; no así las demas, aunque sean céntricas: pues las he visto, sucias y exhalando mal olor, el cual no escasea en toda la ciudad. Grande y continuo es el bullicio de la gente, sobre todo en la calle de Brodway, carros, omnibus, carretelas, y otros diferentes vehiculos van y vuelven sin cesar; y la gente se estorba, y á cada paso hay que detenerse: los americanos, andan aprisa, á veces corren, giran, quiebran su marcha; pero no esperan; los que nos detenemos y aguardamos somos los extranjeros, que no queremos ser llevados por la multitud. Paréme yo un dia, en esa calle Brodway, á contemplar ese ir y venir de la gente, y su mirada fija, y su veloz carrera, y la agitacion que revelaba; y me preguntaba á mí mismo. ¿Esta gente pensará en Dios, en su alma, ó en los bienes eternos? ¡Ay dolor! Que no podia dudar que allí sólo se trataba de intereses temporales; de acumular riquezas y adquirir fortuna. Nadie se ocupaba en la gloria del Señor, ni pensaba en el amor de Jesucristo: tal era mi juicio, temerario acaso y atrevido; vosotros, amados lectores, ¿hubiérais juzgado otra cosa? Esto llenaba mi alma de tristeza. ¡Amarnos tanto el buen Jesus, y estar así tan olvidado, Él, que es la fuente de la vida, principio y corona de toda ventura. Y aquel pueblo vivia sin el Señor y era muy feliz; pero esto solamente si consiste la vida y la dicha en el bullicio que desequilibra y en el ruido que aturde y confunde. Porque esta es la sola animacion de Nueva-York y lo que presta vida á todos

sus placeres: dejad el alma encerrada en vuestro saco de noche, olvidad á Dios, y paseaos holgadamente por las calles de la ciudad imperio, sólo entónces sabréis vivir como se vive aquí; y gozar tambien como se goza en este suelo.

“La calle de Brodway, dice Fidel, abriendo sus fauces en el mar y corriendo fuera de la ciudad, forma el intestino inmenso del coloso, distribuye, en su zig-zag opulento, la vida á todas las extremidades del gran cuerpo, recibe los jugos nutritivos de la existencia de la sociedad de Nueva-York y la concentracion de su accion es de tal manera pujante, que á las dos ó tres calles de su contacto en todas direcciones con excepcion de las avenidas, parece que uno habita, en una ciudad abandonada, con una poblacion de puritanos; reina el silencio y por las desiertas banquetas atraviesan las gentes, como los delgados hilos que se han separado del cauce de un rio caudaloso.

Hasta donde alcanzaba mi vista, por uno y otro extremo y á mi espalda, se extendian y levantaban inmensos edificios cuya altura me era desconocida en esa tenaz continuidad, es decir, del doble ó triple alto de nuestras casas comunes, más altos que el Hotel de Iturbide ó la casa que llamamos de los Azulejos.

Vária es la conformacion de las casas: á veces un edificio compone una manzana entera. Elevadas, angostas en lo general, como superpuestos trozos que forman cuatro, cinco, seis y siete hileras de ventanas con sus vidrieras, que no se abren sino que alzan ó

bajan sus cristales; es algo de la ventana del claustro, con sus persianas verdes hácia fuera, como una ave clavada en la pared con las alas extendidas.

Esta conformacion de ropero y de estuche, esta arquitectura de portavianda, da aspecto triste y solitario á la parte superior de la ciudad, que no tiene balcones, terrados ni azoteas, sino casquetes y tejavanas.

Pero en la calle de Brodway, las casas que describo hacen paso constantemente á edificios inmensos de cantería y ladrillo, de fierro y mármol.

La hilera simétrica la interrumpen en las calles frecuentes escaleras con sus barandales de piedra; amplias fachadas con las secciones del piso divididas por airosas columnas, pórticos magníficos de bolsas, bancos, templos, balaustradas, estátuas, bastiones, cúpulas y torres.

Las torres son cónicas, acabando en delgadas puntas, y hay como tropeles en los aires, de agujas, velatas, columnas y banderas.

Hemos indicado que el primer piso es el característico de la calle de Brodway, cuyo centro está empedrado de adoquines de granito.

La calle es amplísima, y sus banquetas de grandes losas, de cuatro y seis varas, hacen carriles de uno y otro lado, de ocho ó diez varas de anchura.

La acera tiene un escalon pegado al edificio, escalon de cantería, pero lleno de bastidores de fierro, en los que hay incrustadas pequeñas ruedas de cristal de roca, porque sirven de respiradero y tragaluz á la

ciudad subterránea que bulle bajo nuestros piés y asoma sus aparadores, sus muestras, y sus faroles y reverberos al ras de la banquetta. Ese corrido escalon es como un aparador de cinco millas, con barriles, alfombras, carritos para los niños, estátuas de indios, moros y guajiros de las tabaquerías, y hasta una mula enjaezada saliendo de un almacén, para anunciar una talabartería.

Hemos dicho que las paredes pueden llamarse diáfanas por la ostentación de cristales de sus aparadores; la publicidad es el gran recurso de vida, y en ese anuncio material se ha agotado el escándalo, si fuera lícito que nos expresáramos así. ¿Qué esfuerzo no hará cada uno para acentuar su personalidad en aquel tumulto?

Las mercancías gritan al marchante, las sastrerías exponen en fila sus manequés vestidos de todo á todo, con sus ojos de esmalte inmóviles, con sus cabezas descubiertas; las modistas trasladan á sus aparadores *ladies* en efigie, que sonríen y tienen ataques de nervios, vestidas de encajes, y terciopelo y seda; los peluqueros exponen cabezas rizadas perfectamente; los vendedores de pieles tienen osos y tigres tras de sus vidrieras; los disecadores de pájaros, tucanes y pavos reales; los vendedores de ídolos y mandarines chinos, ostentan piedras, turbantes y huesós; y el aparador del *restaurant* contiene pavos y pollos pelados, trozos de carne succulenta, encendidas fresas, robustos espárragos entre flores, caprichos de jaleas y bizcochos, fuentes artifi-

ciales, salsas, *pickles* y latas.

Y á pesar de tanta charla de joyas, de lienzos, de granos, vestidos y muñecos, los anuncios sobresalen y dominan, no obstante que no hay casa, ni ventana, ni quicio, que no tenga letrero.

La pared es como el periódico, es una pared parlante; están no solo los nombres de los comerciantes, sino listas de sus efectos, y esto, en un objeto cualquiera sobre la azotea, en diez banderas que cuelgan, en estandartes clavados en el suelo, en la cornisa, en la columna, en el árbol, flotando ó incrustado en relieve, ó pintado, de madera ó de piedra, de lienzo ó de espejo.

Ya son los anteojos colosales, ya la caja del daguerreotipo, ya un brutal sombrero, ya un zapato monstruoso, una bomba, un almirante, un oso subiendo por un árbol; y el aviso se hace campana, bandera, acento humano, proclama, verso, pintura, capricho y ensueño.

Y como si nada de esto bastase, va un hombre en la calle con dos cajas colgadas al cuello, y camisas en el interior del aparador ambulante, otro enarbola una farola, y un carro que atraviesa, está compuesto de puros avisos, y todo esto póngase en acción, anímese con un avalanche de carruajes y con doscientas ó trescientas mil personas constantemente en circulación, en el extenso y serpeante trayecto, en su mayor parte vestidas con decencia, si no es que con lujo, y apenas se podrá formar ligera idea de la calle de

Brodway.

En su conjunto, las impresiones se atropellan y confunden con los objetos que las despiertan.

La sola hilera de ocho millas, es decir, cerca de tres leguas, á los lados de las aceras, de astas con travesaños en que descansan los alambres telegráficos, son un espectáculo magnífico; y cuando se reflexiona en que esos delgados hilos que forman redes, y á veces como tela aérea que hace sombra en el suelo, llevan como en canales misteriosos las ideas y el progreso y la confraternidad al mundo, entónces se glorifica el hombre y siente en sí su grandeza inmortal." (1)

Uno de los principales paseos de Nueva-York, es el Parque central, del que sólo ví una parte.

Después de recorrer calles y más calles formadas por largas hileras de frondosos árboles, y de dar vueltas y más vueltas, nos hallamos frente á las jaulas de las fieras, entre las cuales, hay leones, tigres, osos negros y blancos, y otros diversos animales. Las rejas de las jaulas no nos parecían demasiado seguras; sin embargo hasta ahora ninguna fiera ha roto su prision: la gente se agrupaba en torno de esas fieras, sin ningun recelo, cual si la larga vida que han pasado en esta capital, les hubiese adquirido carta de ciudadanía, ó como si el ver diariamente á tanto americano y noble señorita, que se les presentan con tanta fineza y elegancia, les hubiese inspirado, una noble y generosa simpatía para

(1) Fidel, viaje á los Estados-Unidos. T. 2. p. 363.

con ellos. Lo que es á mí, veíanme esas fieras con horribles ojos, cual si quisieran decirme; "¿Por qué te acercas profano? No me simpatizas." Y tanto por esto como por el hedor de aquel sitio nos alejamos de allí. Á pocos pasos llegamos al corral donde están los elefantes, entre los cuales hay uno que llama la atención por su descomunal tamaño. Hacia otro lado vimos dos venados tan grandes como nuestros bueyes. Dentro de un alambrado que forma un gran cuadro, hay multitud de pequeños animalitos, muy parecidos á los cullos. La gracia que tienen es subir, bajar y columpiarse en el alambrado. Pasamos en seguida á ver el famoso lago que tanto embellece aquel sitio. Nuestro punto de vista fué junto á la fuente que se halla orillas del mismo lago, el cual está como en medio de un bosque de frondosos árboles que tiñen las aguas de un verde oscuro muy hermoso: canoas y pequeños barquichuelos lo surcaban entónces, y el sol pasando sus dorados rayos al travez de los árboles venia á dar nuevos encantos, á ese cuadro ya de por sí muy bello. Multitud de jóvenes americanas lo estaban mirando estáticas y absortas: contemplaban acaso su propia belleza en las aguas del tranquilo lago; pero luégo la ligera brisa venia á inquietar las aguas, y aquellas imágenes quedaban borradas: así tambien el tiempo, vendrá y soplará sobre el rostro de esas bellas; y la triste ancianidad cubriéndolas de arrugas perderá para siempre su belleza. ¿Por qué no buscan otras gracias que nunca se marchitan, y otros encantos que siempre nos cautiven?

La modestia y el pudor, es belleza que no muere en la mujer, que la rodea de una atmósfera de gracia y le atrae el respeto y cariño de los hombres.

Los niños y niñas recorren el parque en pequeñas y ligeras carretelas tiradas por cabras, que arrastran según ví, hasta seis personas. Las personas grandes ó platican alegres á la sombra de los árboles, ó andan indistintamente por las muchas y variadas calles del Parque.

Hé aquí cómo á su vez, habla Fidel, de este famoso Parque.

“Figurémonos una extensión como desde el paseo de Bucareli á Tacubaya; pero en un terreno quebrado como el de las depresiones y eminencias que ofrecen, ó el camino de Toluca, ó lo que llamamos la Cruz del Marqués, yendo á Cuernavaca.

Sobre esos valles, colinas y hondonadas cubiertas de aterciopelado césped, culebrean bajo los arbustos y los árboles, y entre flores, los senderos de la gente de á pié, y más al centro, anchas y bien terraplendadas calzadas de arena y piedrezuela del lecho de río, por donde se deslizan los carruajes.....

El terreno es en extremo desigual, y ya se percibe como una montaña coronada de árboles gigantes, ya se abren éstos para formar praderas y glorietas, ya se hunde la tierra y se salva por un puente en la altura y un camino por debajo para los pedestres.

En una ladera, siempre entre árboles, están los salones de un café magnífico; en una elevación descue-

lla un *kiosco*; bajo un tendido emparrado hay asientos como mesas; grandes fuentes en abiertas plazas; lagos cruzados por botes y barcas, donde el terreno se deprime, y escaleras atrevidas, entre las rocas vivas, que conducen á cenadores voluptuosos, á sombrías estancias en que bajo doseles de sombra, hay estatuas que immortalizan las glorias del talento y la virtud.

Hay momentos en que por donde quiera que se vuelven los ojos, tiene nuevas seducciones el ánimo.

El arte ha seguido cuidadoso á la naturaleza, y sobre su hermosura salvaje ha derramado sus tesoros.

Á la vez que giran los carruajes en las calzadas, parvadas de niños corren en los verdes prados, con algazara festiva, conduciendo sus carretelitas, volando sobre sus velocípedos y sus carritos.

Gira uno en opuesto sentido, y son los columpios, los cochecitos tirados por chivos, los burros perfectamente enjaezados conduciendo niños y niñas.

Inclínase la vista, y descubre las barcas llenas de gente que se regocija; la aparta y la dirige á los otros umbríos..... La descansa en los tránsitos, y son estrados con caballeros entregados á la lectura, mientras los acaricia el viento, los aduermen las sombras y les dan música las aguas.

El Parque, al decir de las varias guías y datos que consulto, tiene de costo diez y seis millones de pesos, le sombrean 200,000 árboles y arbustos, y contiene museo de historia natural, casas de fieras, lagos,

restaurants, salones de refresco, salones de música, subterráneos y cascadas.

Es un espléndido jardín con sus estatuas y sus fuentes, encerrado en uno de nuestros bosques deliciosos de la tierra fría." (1)

El Puente Brooklyn, hé aquí otra de las grandes obras de los americanos, en esta ciudad: es de una milla y cuarto de largo; y al entrar en él, se descubren desde luégo que debieron ser muy grandes los obstáculos que fué necesario vencer para llevar á cabo esa obra grandiosa que ha unido esa ciudad con la de Brooklyn. Está sostenido por enormes cables de alambre que bajan de las grandes columnas que lo sostienen: esos alambres forman como grandiosas redes de uno y otro lado del puente y le dan un aspecto imponente y agradable. De uno y otro lado del puente pasan los trenes que tirados son por gruesos alambres unidos por uno de sus extremos á una máquina de vapor. La vista que presentan Nueva-York y Brooklyn desde este puente, es de las más hermosas. Por debajo del puente pasan continuamente grandes y pequeñas embarcaciones: y á vuestros piés, estais oyendo con frecuencia el silvato de las máquinas de los vapores, y estais viendo la cándida estela que dejan tras sí; y el caudal de agua que lleva el rio del Este; y un inmenso gentío que sin cesar sube y baja, por el famoso puente. Y si os estais ahí, una, dos ó más horas, aquella anima-

(1) T. 2. p. 475.

cion no cesa, sino al contrario, parece aumentar á cada instante. Puede volverse del puente en cualquiera de los trenes que pasan por sus lados, mediante tres centavos que se recojen en la oficina correspondiente.

"Cuando llega una ráfaga de viento se agita la fábrica inmensa del puente. ¡Vibra! ¡Vibran su innúmeros cables, puestos en tencion, como otras tantas cuerdas! ¡Vibran con armónicos sonidos, profundos, muy profundos, largos, muy largos! Dijérase el puente inmensa lira que está aguardando á que la pulse la furia de las tempestades. Cuando allí ruje la tormenta con sus horrisonos fragores, se confunde el prolongado zumbido, la bronca voz del puente. Tal vez ¡quién sabe! como sublime glosa del sublime ditirambo, su voz dice en los aires: "¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra gloria á los hombres de buena voluntad!"

Respecto de moralidad, por cierto que Nueva-York, no es un modelo. Para que podais calcular cómo andan por aquí las cosas, os mostraré no más un rasgo. Luégo que llegan los viajeros, se informan de estos las personas de mal vivir y les mandan sus tarjetas, indicando la calle y el número de la casa donde viven. Esto nos ha pasado á nosotros mismos. Mi compañero de viaje y yo, entramos una mañana en nuestra habitacion, y vimos en el suelo una carta franqueada en el correo: la abrimos sin saber de quién era ni qué se nos diria; pero luégo leímos la invitacion de una infame: el rubor y la vergüenza se apoderaron de

nosotros, y con amarga y triste indignacion, hicimos mil pedazos la carta, exclamando, casi con lágrimas en los ojos: ¡Oh buen Jesus, no permitas que nos separémos de tí por el pecado, y haz que los que te ofenden se conviertan.

En la ciudad, y en calles principales, suelen verse retratos muy indecentes y provocativos.

Muy pocos fueron los templos católicos que pude visitar, figurando entre estos la Iglesia catedral, cuyas torres aún no están concluidas: las columnas del templo son de marmol sin pulir; las paredes están cubiertas de la misma piedra, la cual sólo en el púlpito está pulida. Debajo de las bóvedas hay como una guia de largas hojas que las cubre de uno y otro lado, y que no llama la atencion. Parándose uno en el umbral de la puerta mayor se nota que la nave de en medio es demasiado angosta con relacion á su altura: las naves laterales son mucho más bajas que la principal. El altar mayor es bonito, y nada más. Los otros altares no corresponden por su pequeñez y falta de gracia á lo demas del templo. Al lado derecho de la Catedral se halla una pieza donde está la pila bautismal, que tiene franca entrada. En ella no se vé ninguna imágen, sino solamente la pila; esa pieza desaseada no nos pareció correspondiente á la catedral de Nueva-York, ni á una parroquia de campo. Pasamos despues á la sacristía, buscando al sacristan para tomarlo por cicerone; pero en lugar de un hombre, hallamos una sacristana, que al saber por nosotros mismos,

que éramos padres, nos llevó al presbiterio, yendo por delante; despues nos enseñó los ornamentos y siguió dándonos razon de todo lo que le preguntamos como hacerlo pudiera el mejor sacristan. Aquello no dejó de chocarnos sobre manera; y para ver si realmente esa ladie estaba encargada de la sacristía, lo preguntamos á un eclesiástico, quien nos dijo que no sólo en Catedral pasaba eso, sino tambien en otras iglesias.

En la calle 16, los jesuitas tienen un hermoso templo dedicado á San Francisco Javier: templo espacioso cubierto de lápidas de marmol y muy aseado. Tienen tambien una iglesia subterranea, pública, la que ciertamente no es bella, pero sí devota y está muy atendida. El templo principal tiene los eatorce cuadros del via-crucis, grandes; pero la pintura es bastante corriente. Los jesuitas, y en general todos los padres de esta ciudad, segun lo que me ha parecido y los informes de algunas personas, se dedican con fervor y constancia á su ministerio; pero no lo hacen siempre con la debida prudencia: ved aquí la prueba: tienen todos estos señores la costumbre de confesar hasta en la noche; y es lo más nolable que no solamente los hombres, sino tambien las mujeres se acercan al santo tribunal hasta las diez de la noche y aún más tarde.

Visité tambien en Nueva-York, la iglesia de los franciscanos: es pobre, pero muy recogida é inspira mucha devocion. Tiene adjunta la capilla de invierno, la cual es más pobre todavia.

Respecto del catolicismo en esta gran ciudad, hay lo

siguiente, según los informes que recibí de un ilustrado jesuita. Actualmente existen en Nueva-York sesenta iglesias de rito romano y quinientos mil católicos.

Todas las veces que concurrí á la iglesia observé en los asistentes un recogimiento y atención en verdad edificantes. Sobre todo cuando los fieles se acercaban á recibir la sagrada comunión, lo hacían revelando en su exterior, los sentimientos de la más tierna piedad: su compostura y gravedad, su compunción y ternura, todo indicaba cuán penetradas iban tales personas del gran objeto que las llevaba á la sagrada mesa.

Esta piedad de los fieles débese en gran parte á los buenos sacerdotes con que cuenta la iglesia en Nueva-York y á la frecuencia de los concilios provinciales que se ocupan en arreglar la disciplina, la cual sin embargo por lo que vi, está, casi en mantillas, y hállase todavía muy léjos de ser perfecta; mas no es justo pedir otra cosa á una iglesia naciente. El tiempo, la reflexión y la experiencia, vendrán poco á poco enseñando lo que falta.

Hay en Nueva-York un colegio dirigido por más de treinta jesuitas, y al que concurren cerca de trescientos jóvenes. Tienen otro los mismos padres en las afueras de la gran ciudad, que es de internos: y tanto uno como otro, son de grandes esperanzas á la iglesia americana. Dios bendiga los nobles esfuerzos de los hijos de San Ignacio á quienes en todas partes hallamos trabajando en la santificación de las almas y el

bien de la sociedad.

Un viajero mexicano hablando de la belleza de las jóvenes de esta ciudad decía que había visto coros de serafines; nosotros no hemos dado con ellos; tal vez, como la patria de los serafines es el cielo, cansados de Nueva-York, remontaron su vuelo á las alturas, y cuando los creíamos todavía en la tierra, ya se habían marchado, sin dejar ni esperanzas de que vuelvan, ni rastro de su camino. Las americanas, andan aprisa, pero no es gallardo su andar, ni es esbelto su talle. Sus facciones no presentan la suavidad y finura que tanto agracian á las mexicanas: tienen aquellas buen color; pero en muchas, no es natural. En cuanto á su modestia, salvas las debidas excepciones, las jóvenes americanas, que he visto, suben y bajan, entran y salen á todas partes con tanta habilidad y ligereza, que alguno dijo de ellas que no eran sino yanques disfrazados con traje de mujer. En muchas, sin embargo, solíamos notar pudor y recato, conociendo luégo que eran católicas fervientes.

La religion, y sólo ella, había moderado los resavios, acaso de la mala educación, la dureza del carácter y

los tristes desvios de inclinaciones degradantes, tanto en los hombres como en las mujeres. Á pesar de esto, ni en todos es igual la influencia religiosa, ni el carácter, se doblega en toda clase de personas, con idéntica facilidad, ó el hábito y, en fin, las ideas preconcebidas, siguen haciendo de las suyas, casi sin que lo advirtamos. Hé aquí lo que pasó á un recomendable eclesiástico de Yucatan. Este Señor fué á presentar sus licencias al arzobispado; lo recibió una mujer que desatenta y grosera, apénas le habia saludado, y le dió con las puertas en la cara, diciéndole que volviera despues de una hora; así lo hizo el humilde chantre yucateco, y cuando por último se le entregaron sus licencias, pidió hablar con el Ilmo. Sr. Arzobispo, quien se negó á recibirlo. No son así los nuestros; sino al contrario, atentos y corteses, como buenos caballeros. Este mismo Señor, yucateco, fué tambien recibido por los jesuitas, no con las mejores atenciones. Por mi parte, yo no tengo, amados lectores, de quien quejarme, que si así fuese, ya os lo hubiera dicho.

CAPITULO III.

Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Havre.—Paris.

§ I.

Á las diez de la mañana del cuatro de Setiembre, nos hallábamos á bordo del vapor, La Borgoña, que tenia que salir con direccion al Havre: cinco minutos despues, levamos anclas, y comenzó nuestra navegacion por el Atlantico; á las pocas horas ya no veíamos sino las negras aguas del mar y un triste cielo que se extendia sobre nosotros. Nos hallábamos en una soledad inmensa, en un líquido desierto, y metidos en un precioso vapor que puede llamarse con verdad, un palacio flotante. Tiene el Borgoña 155 metros de longitud por 15 de ancho; puede cargar 7200 tonenadas, y representa una fuerza ocho mil caballos. Está perfectamente amueblado; se ilumina por la noche con luz eléctrica; tiene, ademas, biblioteca, piano &c. Éramos los pasajeros 200; entre los cuales se contaban 7 eclesiásticos y dos monjas, que venian enteramente solas desde Nueva Orleans. Nada notable ocurrió los primeros dias de la navegacion; el mar estaba tranquilo y de buen humor los pasajeros. En cuanto á mí, pasaban las horas y los dias con penosa y triste lentitud: conocia que me hallaba en una soledad que no era la